



AÑO 1

JUEVES 22 DE FEBRERO DE 1906.

NÚM. 2

## UN NIÑO ILUSTRE

Uno de los días de Semana Santa, en el año 1770, el Papa Clemente XIV oficiaba en la Capilla Sixtina, y á la ceremonia religiosa asistían los embajadores extranjeros y una distinguidísima concurrencia. Cantábase el famoso *Miserere* de Allegri, y todos los fieles, conmovidos por aquellas sublimes notas, contemplaban la magnífica pintura de Miguel

Angel, *El Juicio final*, que ocupa el lienzo del altar de la citada Capilla.

Aquellas figuras que trazó el pincel del gran artista parecían animarse á los ecos del canto, triste é imponente, del gran músico. Solamente uno de los que asistían á la solemnidad religiosa dejaba de contemplar el grandioso cuadro: era un niño de unos catorce años, de abultada frente, ojos azules y cabellos empolvados, según la moda de la época. Colocado junto al embajador de Austria, y



vestido con una casaca de raso verde con botones de plata, larga chupa blanca, calzón corto, media de seda y zapato con hebillas, la figura de aquel niño, esbelta y elegante, revelaba que no veían sus ojos lo que delante tenían, sino que estaba en una verdadera abstracción, y que su alma en aquellos momentos sólo vivía para oír. Cuando terminó el *Miserere*, el niño pareció despertar de un sueño, y, sonriendo, bajó la cabeza como respondiéndose á sí mismo afirmativamente.

Apenas llegó á la Embajada, se encerró en su cuarto y empezó á trazar unos signos extraños en un cuaderno rayado.

Por la noche, hablaban los embajadores de Austria y Francia de la fiesta del Vaticano, y decía el primero:

—¡Qué lástima que el mundo entero no pueda conocer esta música sublime en la que el remordimiento y el dolor gimen eternos é infinitos! Las almas, al escucharlos, se inclinarían conmovidas al arrepentimiento.

—¿Por qué no hacéis ese mismo argumento á S. S. Clemente XIV?—dijo entonces el embajador francés.—Quizás consistiese en que se sacaran copias del *Miserere*...

—Es inútil. Se ha intentado varias veces, pero parece formar parte del tesoro de San Pedro y que no debe escucharse fuera de la Capilla Sixtina.

Al día siguiente se repetía el mismo salmo y el niño asistía también á la Capilla; pero su actitud era muy distinta de la del día anterior. Entonces tenía la cabeza levantada, casi echada hacia atrás, y sus ojos elevaban al cielo una vaga mirada, y ahora su barba se apoyaba en el pecho y sus ojos miraban hacia abajo: al sombrero que tenía en la mano, y dentro del cual había un cuaderno.

Le chocó á un Cardenal la postura del niño, y le estuvo observando largo rato.

Días después, se celebraba un concierto en la villa Borghese, y en él tomó parte el niño.

Al sentarse ante el piano, un murmullo general recorrió salones y galerías.

—¡Es él, es él—decían,—es el prodigio de Alemania!

Después del prelude, la voz del niño entonó con una admirable expresión el *Miserere* de Allegri.

La sorpresa de todos fué inmensa, y un Cardenal exclamó entonces:

—¡Ah, ya lo comprendo! ¡Le he visto el otro día copiarlo en la Capilla Sixtina!

—¿Estáis seguro?—le interrogó el embajador de Austria.

—Me parece haberle visto escribir en un papel que escondía dentro del sombrero.

—Monseñor—repuso el niño respetuosamente,—me habéis visto leer, pero no escribir.

—Pero lo que leáis lo habríais escrito antes, como es natural...

—En efecto, lo había escrito en casa de memoria.

—¡De memoria!—dijeron todos con asombro.

De todas suertes, resultaba que existía ya una copia y era preciso que se prohibiera, por lo cual se dió cuenta del caso al Papa, que llamó al niño á su presencia.

—¿Es cierto—le preguntó Clemente XIV—que ese canto sagrado, hasta ahora sólo oído en nuestra Basílica, se ha grabado en tu memoria á la primera audición?

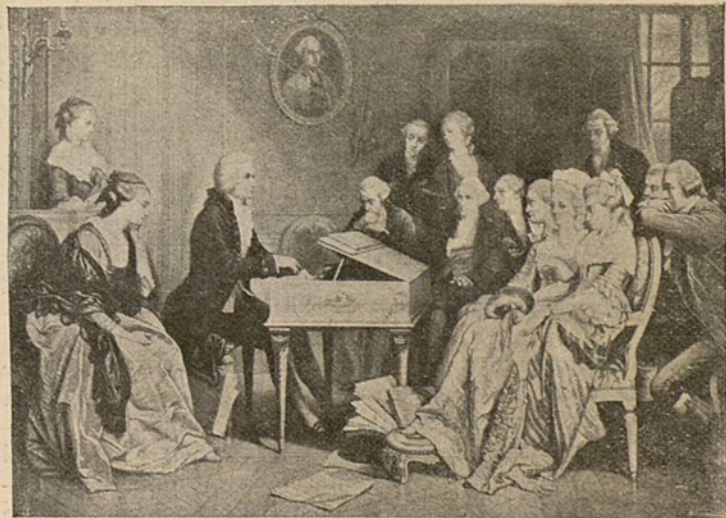
—Es la verdad, Santo Padre.

—¿Y cómo es eso posible?

—Sin duda por permisión de Dios—contestó sencillamente el infantil artista.

—Sí, hijo mío,—le contestó el Santo Padre.—Dios crea los genios, y evidentemente tú eres uno de sus elegidos. Cuando el Señor ha permitido que te aprendieses milagrosamente ese canto, es que estás destinado á producir sublimes obras musicales. Ve en paz, hijo mío; y le dió su bendición.

Aquel niño era el gran Mozart.



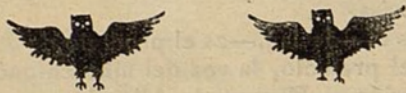
Wolfgang-Amadeo Mozart nació en Salzburgo el 26 de Enero de 1756, y perseguido por el emperador Francisco I de Austria, fué á Francia y tocó el órgano ante Luis XIV en la Capilla de Versalles, cuando aún no había cumplido ocho años. Después fué á Inglaterra y á los Países Bajos, y volvió á su patria, donde continuó sus estudios musicales. En 1768 apareció en la corte de Viena y compuso para el emperador José II su primera ópera *La finta semplice* cuando sólo tenía doce años. Posteriormente fué á Italia, y al volver



á Alemania hizo gran amistad con los grandes músicos Gluck y Haydn. Fijó, por último, su residencia en Viena, donde murió el 5 de Diciembre de 1791 á los treinta y cinco años de edad.

Sus principales óperas son: *Don Juan*, *Las bodas de Figaro*, *La clemencia de Tito*, *La flauta encantada* y *Mitridates*; suya es también una famosa Misa de *Requiem*, de la que decía una hora antes de expirar: «¡Ah, ya había yo previsto que era para mí para quien componía este canto de muerte!» Sus sonatas y sinfonías forman parte de la llamada música clásica.

A. P. C.



## HISTORIA NATURAL

### INSECTOS: LA CIGARRA

Esos seres tan pequeños que vemos en los campos y en los jardines, y apenas tienen la suerte de ocupar un momento nuestra atención; esos seres que el vulgo califica con desprecio de bichos ó gusarapos, no tienen importancia más que para los niños y los sabios.

La inocencia con su cándida curiosidad, la ciencia con su profunda observación, vienen á tener un punto de contacto al acercarse al insecto.

Niños que os quedáis sorprendidos al mirar la forma, los colores ó los movimientos de los insectos que encontráis por casualidad: vosotros ignoráis las mil curiosidades que en ellos han descubierto los sabios naturalistas después de muchos años de observar y estudiarlos, ayudados del microscopio, ese maravilloso anteojito que por una combinación de lentes aumen-



ta de una manera tan grande los objetos, que hace que alcance la vista humana á descubrir cosas cuya existencia ignoraba, por no ser apreciable con nuestros ojos su pequeñez.

Pero si vuestra sencilla curiosidad se convierte en formal deseo de saber, yo prometo contaros descubrimientos y observaciones de sabios españoles y extranjeros que he recogido con afición, y para empezar quiero escoger uno de esos insectos que hayáis visto y oído, la *cigarra*, por ejemplo.

Desde la conocida fábula que empieza, como ya sabéis:

Cantando la «cigarra»  
pasó el verano entero... etc.,

la reputación «musical» de este insecto es sabida por todos, y mil veces habréis oído en el campo su canto especial; pues bien, siempre que oigáis esa «música cigarrera», rival en melodías de la «música ratonera», podéis asegurar que conocéis el género masculino del animalito, puesto que las hembras, ¡cosa extraña! son mudas.

Esta gran desgracia de las hembras está compensada por la Providencia, que ni á los insectos olvida, con otra habilidad de que os hablaré después.

Se sabe que son los machos los músicos; pero ¿cuál es su instrumento y cómo lo manejan en sus «conciertos»?

Si preguntáis á la generalidad de las personas que no saben más que lo que se dice por ahí, os contestarán que el ruido lo producen como los grillos, por el rozamiento rápido de unas alas con otras; pero no es así, porque desde que lo descubrió Réamur se sabe que tienen un aparato complicado y que no es menos admirable que el de la voz humana, y está situado en su vientre, cubierto por dos planchitas escamosas.

Se compone de dos especies de timbales que, por la contracción y extensión rápida de los músculos, se ponen ya cóncavos, ya convexos, produciendo un ruido por medio del aire, que ponen en movimiento hacia otra mayor cavidad, donde toma un eco más sonoro.

Las hembras hemos dicho que tienen una especial habilidad, y consiste en ser artistas en madera.

Suele poner cuatrocientos huevecillos, y teniendo que colocarlos en un lugar seguro donde puedan nacer sus descendientes, se ve en la necesidad de tener un aparato de trabajar la madera, perforarla y cubrir sus agujeros. Efectivamente, en la extremidad del abdomen tiene un pequeño aparato compuesto de dos piezas que pueden funcionar separadamente sin estorbarse, dos «limas», con las que horada las ramas secas de un modo oblicuo, y en cuanto llega á la médula del tronco toma una dirección paralela al eje del mismo.

Es fácil de conocer el pedazo de madera que tiene huevos de cigarra, porque se nota una serie de protuberancias con pequeña separación, siempre en línea recta y por una sola cara del tronco.

Cuando llega el tiempo de nacer, salen por los mismos agujeros unos gusanos pequeñitos que son las «larvas»; después, como sucede con los gusanos de seda, se transforman en «ninfas», pero es debajo de tierra, conservando sus movimientos y alimentándose de raíces, no como la mayor parte de los insectos, que en este período están inmóviles y ayunan.

Al cabo de un año, próximamente, se desarrollan, y al llegar el verano salen de la tierra, suben á las ramas y allí dejan su envoltura, á manera de exvoto ú oferta, quedando tal como los vemos generalmente.

LUIS DE CHARLES

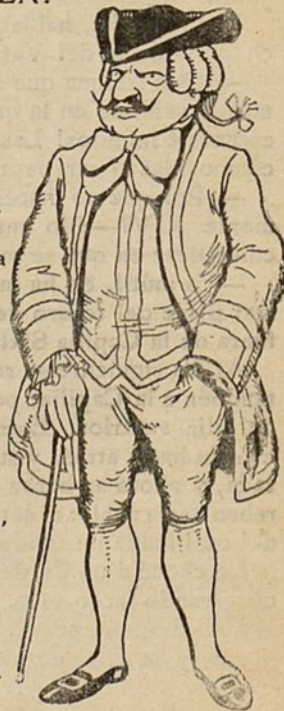


## AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN.

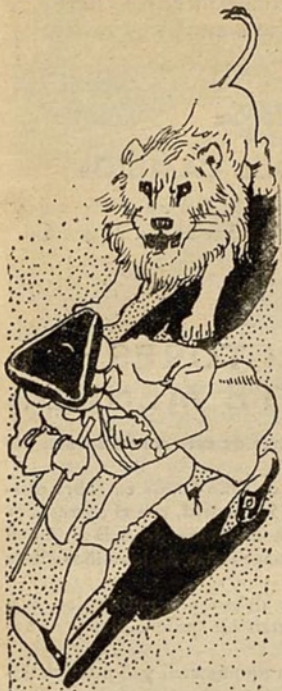
Hay entre las regiones españolas una que tiene fama de ser cuna de los que cuentan las mayores bolas. Yo protesto y declaro que ésta es una que se le fué á la fama, y para demostrar á mis lectores que hay tierra en que se sueltan aún mayores, les quiero presentar al gran tudesco que el gran barón de Munchausen se llama y que es el *non plus ultra* de lo fresco.

Hace poco llegó, no sé de donde, y piensa titularse, aquí en España, barón, vizconde y conde de la Filfa, el Camelo y la Castaña. Y como el hombre viene á acreditar los méritos que tiene y está muy poco fuerte en nuestro idioma, como su fiel intérprete me toma.

Conste, pues, que sus grandes aventuras, que andan adulteradas y hasta oscuras, las vierto al castellano textualmente y que no tengo parte en el asunto, pues él precisamente las quiere referir personalmente para que la verdad quede en su punto. (El punto es el barón, naturalmente.)



DE COMO EL BARON, BUSCANDO DISTRACCIONES, SE DISTRAJO EN EFECTO, Y LO QUE LE SUCEDIO CON UN LEON Y UN COCODRILLO



Me hallaba en Algeciras aburrido, cosa que alguna vez me ha sucedido. Mas cuando así me veo procuro distraerme y me decido y me mando á paseo. Me obedecí: cogí el bastón, y andando... andando, andando, andando... á la ventura, con el rumbo incierto, yo no sé cómo, me encontré en el puerto, y no sé cómo, me metí en un barco, y no sé cómo, atravesando el charco, en Africa me vi... junto al desierto. Como no me esperaba aquel gran viaje y me hallaba sin armas ni equipaje y en un lugar extraño... francamente, eché á correr precipitadamente; corría, y de repente un rugido escuché de gran fiereza, y al volver la cabeza vi, por desdicha mía, ¡que era un fiero león que me seguía! Sin más armas que un palo, juzgué que la defensa era imposible; dije con altivez: «¡Esto va malo!» ¡y dí á correr de un modo indescriptible! Nadie ha visto correr por el estilo. ¡De pronto se presenta un cocodrilo!

Delante el cocodrilo me esperaba, por detrás el león me perseguía; cada vez más el uno adelantaba, cada vez más la boca el otro abría. Yo estaba entre los dos... ¡feroz instante! ¡horrible por detrás y por delante!

El cocodrilo, al verme ya cercano, abrió de par en par la boca horrible; el león africano, encogiendo su cuerpo, ya el terrible saltó dió y... con angustia y con anhelo tuve el talento de arrojarme al suelo.

El león, que con rauda ligereza en el aire ya estaba, pasando sobre mi dió de cabeza en la boca del otro que aguardaba. Cerróla al punto el cocodrilo y ¡claro! cortó el cuello al león, y entonces yo no tuve ya reparo y agarré mi bastón, y empujando, empujando del león la cabeza, antes de que pudiera irla mascando se la hacía tragar en una pieza, hasta que pude ahogar al cocodrilo, ¡y entonces... me quedé yo tan tranquilo!

C. L. C.



## LOS BUENOS AMIGOS

CUENTO MORAL

Juan y Pepe eran íntimos amigos, y aunque la posición de sus respectivas familias era muy diferente, existía entre ellos tan recíproca simpatía, que en la escuela á que ambos asistían los llamaban los inseparables.

La escuela, el hogar de la ciencia, funde con su benéfico calor todas las clases de la sociedad en una sola; desaparece la idea de la familia aristocrática ó plebeya, rica ó pobre, ante la única que allí existe: allí no son todos más que discípulos.

Tenía Juan diez años y Pepe nueve, y en su corta edad sentían sus almas en tan alto grado la amistad sincera, que hubiera podido servir de admirable ejemplo á personas formales su leal afecto.

Hemos dicho que la posición de las familias era muy distinta, y debemos añadir que la más afortunada era la de Juan, pues si bien no estaba en la opulencia, vivía con mucho desahogo, mientras la del pobre Pepe se hallaba en la escasez, rodeada de privaciones y necesidades.

En las muchas relaciones que sus padres sostenían con familias distinguidas de la corte, contaba Juan con amigos, y aunque todos ellos se presentaban con mejores trajes que Pepe y tenían abundancia de juguetes y golosinas, ninguno le era tan simpático como éste, siendo su mayor placer ir á su humilde casa lo más frecuentemente que le era posible.

No eran idénticas las aficiones de ambos niños; pero su unión y buena armonía les hacían prestarse gustosos á sus respectivos deseos, siendo muy general que en sus entrevistas se jugase de bien diversa manera.

Tal vez después de decir misa y recorrer los pasillos procesionalmente, solía representarse una comedia, y en otras ocasiones, después de un sermón ensalzando las ventajas de la paz, se daba una reñida batalla.

Excusamos decir que con esta unión y leal cariño, los dos niños eran felices y pasaban juntos deliciosos ratos; pero como en todas las edades y condiciones de la vida viene siempre la amargura á demostrar lo efímero de la felicidad de este mundo, no tardó en presentarse una nube que veló la brillante claridad de aquel cielo de su alegría.

Pepe cayó en cama, y su cuerpo fué todo invadido de la peligrosa enfermedad de la viruela.

Mucho afligía á su buen amigo Juan la dolencia de Pepito, que le proporcionaba cruel sufrimiento; pero aún fué más grande la pena que experimentó su alma al verse privado de verle, pues su familia, temiendo el contagio de la enfermedad, prohibió á Juan ir á casa de su compañero, dando órdenes terminantes á los criados para que no le llevaran aunque lo pidiese.

Por si eran pocas las amarguras que Juan sentía con este motivo, vino á aumentarlas la idea de la pobreza de Pepe, que no permitiría á su familia tener un buen médico para asistirle en un mal tan peligroso, y tenía su tierno corazón por la existencia de aquella criatura á quien tan de veras estimaba.

Una tarde entró Juan en el despacho de su padre y le dijo:

—Papá, como me veo privado de la compañía de mi amiguito, á cuya casa no queréis que vaya, y yo estaba acostumbrado á jugar con él siempre, no puedes figurarte lo triste y aburrido que estoy estos días, y si tú quisieras que me llevaran á casa de mi tío, me distraería jugando con mis primos en el jardín.

—Como quieras, hijo mío, le respondió el padre; es muy justo lo que deseas, así te distraerás; y dió orden á un criado para que acompañase al niño á casa de su tío.

Fueron, con efecto, y en cuanto el criado le dejó en la casa, antes de ir al jardín en busca de sus primos, se dirigió al gabinete de su tío Santiago, que era uno de los médicos de más fama en Madrid, entablándose entre tío y sobrino el diálogo siguiente:

—Hola, buen mozo, ¿qué traes de bueno?

—¡Una desgracia muy grande, tío!

—¡Canario! ¿qué ocurre? ¿Hay alguien enfermo en tu casa?

—No, señor.

—Entonces, menos mal; sepamos qué es ello.

—Un favor muy grande que necesito de usted.

—¿Tú? ¿Qué gran favor es ese?

—Que se venga usted conmigo inmediatamente.

—Eso sí que es difícil, querido, porque precisamente ahora va á empezar la hora de la consulta, y en toda la tarde no puedo moverme de aquí.

—Pues es preciso.

—¡Preciso, preciso! ¿Qué pasa, canario?

—Que jugando... he herido á un niño.

—¡Caracoles! ¿Esas tenemos?

—Está en casa de un amigo, y es preciso que antes de ir á la suya le vea usted, porque yo no sé si es muy grave la herida.

—¡El diablo son estos chicos! ¡A ver, el coche inmediatamente!

—¡Ay, tío! ¡llegaremos á tiempo para salvarle!

—Calla, calla, tunante, y vamos corriendo.

Se llegaron á casa del supuesto herido, que no era otro que Pepe, y al llegar á la puerta de la alcoba, arrodillándose Juan ante su tío, le dijo:

# Gente Menuda

—Perdóneme usted por haberle engañado; se trata de un íntimo amigo mío que está enfermo con viruelas, y como su familia no puede tener un buen médico y la mía no me deja verle, he inventado esta fábula para lograr ambas cosas.

—¡Buen bribón estás tú!—dijo su tío en un tono que cuadraba muy mal con las palabras que pronunció conmovido; y penetró en la alcoba.

Juan, antes que su tío, entró corriendo, y abrazándose á su amigo, lloraron juntos.

—¡Demontre de chico!—le decía el tío;—que te van á dar viruelas; sal de la alcoba.

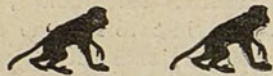
—¡No asiste usted y se acerca á toda clase de enfermos, tío?

—Porque es mi profesión, ¡canastos!

—¿Y qué otra profesión he de tener á mi edad que la de querer á mis padres y á mis amigos?

—¡Bien dicho, caracoles! No tengas miedo, que aquí está tu tío para echar á puntapiés cualquier enfermedad que se atreva á tocarte. ¡Voto al chápiro!.....

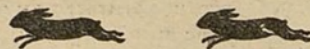
Pepe curó perfectamente. Juan no tuvo el menor síntoma. Dios no quiso permitir que sucediese á aquel niño desgracia alguna por cumplir su sublime mandato, en el que encerró la ciencia toda de la vida: «Ama al prójimo como á ti mismo».



## EL JUEGO DE LA CAMPANILLA

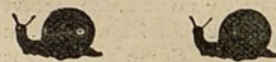
Este juego de campo viene á ser lo contrario del de la gallina ciega. En un sitio de piso llano se establece por medio de bastones y cuerdas el recinto de que no se puede salir. Uno de los niños lleva una

campanilla que debe tocar continuamente, y todos los demás, con los ojos vendados, se dedican á cogerle. El que lo consigue se quita la venda y toma la campanilla, y el capturado se une al grupo de los vendados perseguidores. La habilidad del campanillero para burlarlos y el mismo afán de los otros por cogerle, dan á este juego variadas y divertidas peripecias.



## SOLUCIÓN AL «JUEGO DEL CAMBIO»

La ficha de la casilla 3 á la 4; la 5 salta á la 3; 6 á 5; 4 á 6; 2 á 4; 1 á 2; 3 á 1; 5 á 3; 7 á 5; 6 á 7; 4 á 6; 2 á 4; 3 á 2; 5 á 3; 4 á 5.



## INTERESA A LOS LECTORES de GENTE MENUDA

**CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL** Las condiciones de este concurso son las siguientes:

1.ª Hay que remitir un retrato fotográfico de niño ó niña en sobre dirigido al director de GENTE MENUDA, Serrano, 55, Madrid, con el correspondiente cupón que se publica en las páginas de anuncios de A B C, en el cual se consignarán los nombres, edades y demás señas de los niños. Este cupón se pegará al dorso de las fotografías.

2.ª Un Jurado escogerá los retratos que deban ser publicados, y si éstos excedieran de 50, se designarían por sorteo los publicables y se devolverían los restantes á los remitentes.

3.ª Los retratos que publiquemos llevarán un número, y el público designará por sufragio el que deba ser premiado. Las Menciones honoríficas se otorgarán también con arreglo á la votación obtenida.

4.ª El plazo para la admisión de retratos al concurso expira el 5 de Marzo próximo. Su publicación se hará en uno de los números siguientes de GENTE MENUDA.

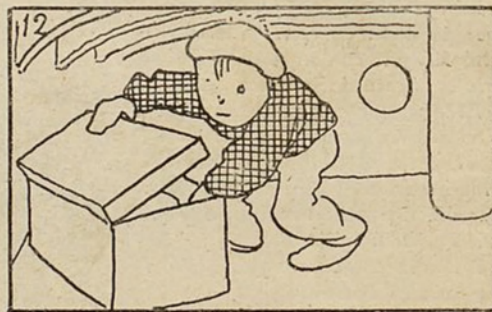
## EL REGALO DE BOBI EL GRUMETE (CONTINUACIÓN)



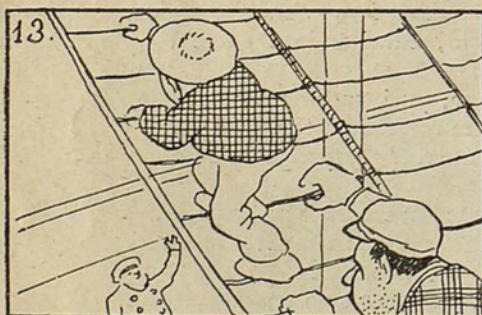
10. Bobi se apresuró á enseñar á sus compañeros del *Salamandra* el objeto que había comprado.



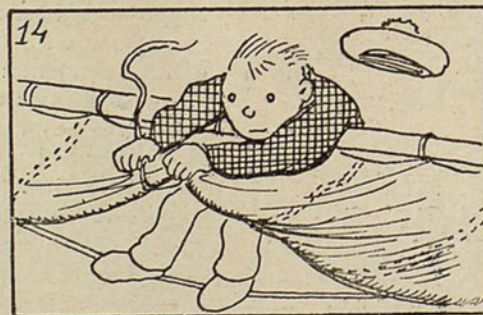
11. De repente sonó el silbato del contraalmirante llamándoles á cubierta.



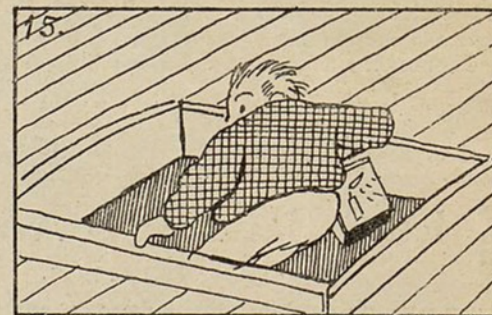
12. La tormenta estaba encima, y Bobi se apresuró á guardar su regalo para correr á su puesto.



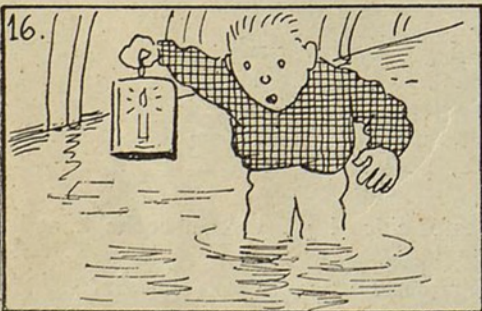
13. Ligerero como una ardilla trepaba por los obenques con los demás marineros.



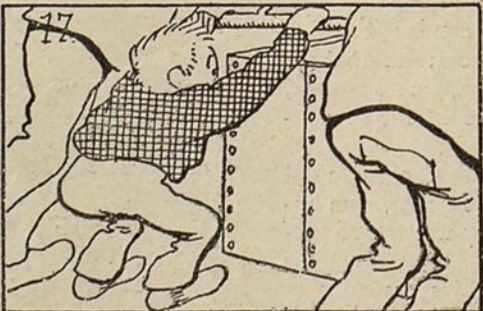
14. Veíasele allá arriba aferrando gavias en medio del furioso vendaval.



15. Poco después, provisto de su fanal, se precipitaba por una escotilla.



16. Al inspeccionar la sentina, se encontró con que había dos pies-de agua, que amenazaba zagar la bodega.



17. Corrió despues á las bombas y ayudó, decidido, á sus valerosos camaradas.



18. ¡Todo inútil! El carpintero de á bordo dió cuenta al capitán de que se había abierto á estribor una vía de agua, y no se podía cegar.

(SUPLEMENTO DE «ABC» DIARIO ILUSTRADO)

(Continuará)